



CONSTANTINOPLA.

**E**sta magnífica ciudad que, ganada á los griegos del bajo imperio, ha sido por cuatro siglos la capital del imperio turco, se halla situada á los  $41^{\circ} 1' 27''$  de latitud Norte y los  $32^{\circ} 57'$  de longitud E. por el meridiano de Madrid. El sitio que ocupa parece destinado por la naturaleza para asiento de una ciudad considerable. Elévase la población sobre un promontorio de suave declive que bañado por estrechas mares avanza por gran trecho dentro de las aguas, aproximándose al continente de Asia del cual lo separa un canal tan angosto, que un bote con un solo remero lo atraviesa en un cuarto de hora. Este canal ó estrecho llamado el Bósforo se estiende por unas cinco leguas desde el mar negro, presentando el aspecto de un río magestuoso, hasta que doblando el cabo donde se halla situada Constantinopla, se pierde en el mar de Mármara. Antes de entrar en este mar se introduce por un espacio considerable dentro de la tierra y separando á Constantinopla propia de sus barrios de Pera y Galata, forma el puerto llamado *asta-dorada* el fondeadero más cómodo y magnífico del mundo.

Una colonia de lacedemonios edificó en el mismo sitio hácia los años 660 antes de la era cristiana, ó sea un siglo despues de la fundacion de Roma, una pequeña ciudad que llamaron Bizancio; pero esta población ocupaba solo el vértice del ángulo que forma hay la capital de Turquía, es decir, lo que comprende ahora el serrallo del Gran Señor. La inmensa ciudad que actualmente existe llamada Constantinópolis ó ciudad de Constantino por su fundador, fue edificada hácia el año 330 de nuestra era por el emperador romano Constantino, que

consideró aquel sitio como el mas á propósito para fundar en él la capital del mundo.

Forma la ciudad un vasto triángulo cuyos lados bañan las profundas aguas del puerto al norte, y las del mar de Mármara al Sud-este. La base del triángulo ó sea el terreno mas allá de la muralla que une á Constantinopla con el continente, es una llanura elevada con algunas quebraduras y desigualdades en su superficie. La del area del triángulo está dividida en bandas ó zonas que á manera de escalones bajan desde el lado de tierra hácia la mar. Asi como Roma fué edificada sobre siete eminencias, los fundadores de Constantinopla llamaron á estas plataformas los siete montes, aunque si se considera sola la cadena principal hay menos, y si se cuentan las quebraduras pequeñas habria mas de siete. Sobre esta escalinata se eleva la ciudad que presenta por esta razon el aspecto de un magestuoso anfiteatro. La primera eminencia inmediata al vértice del ángulo la ocupa el Serrallo ó vasto palacio del sultan, detras del cual y sobre el reverso del monte aparece la cúpula de la mezquita de Santa Sofia. Corona la segunda eminencia la mezquita de Osmanieh cuyo cimborio es extraordinariamente elevado. Domina la tercera, la mezquita aun mas grandiosa de Soliman el Magnífico, y un acueducto antiguo cuyos arcos atrevidos son de un bellissimo efecto, une las cimas de las eminencias tercera y cuarta.

En el punto mas elevado de estas eminencias hay una torre muy alta construida por el actual sultan con el objeto de situar allí un vijilante que avise inmediatamente á la menor indicacion de incendio, ocurrencia muy frecuente en una ciudad populosa donde todas las casas

particulares son principalmente de madera. Pocas cosas hacen una impresion tan viva en el extranjero como el cir en el silencio de la noche, cuando ocurre un fuego, sonar desde la torre el inmenso tambor, y el vija que repite con voz estentórea «Vangar» (fuego.)

Aunque hay una calle principal que con pocas interrupciones atraviesa toda la ciudad desde el Serraho hasta las murallas del lado de tierra, no estan las casas de Constantinopla reunidas en grupos ó manzanas sino rodeadas de jardines, patios, ruinas antiguas y mezquitas aisladas cuyos elevados minaretes perfectamente blancos y rematando en una media luna dotada contribuyen mucho á hermosear las vistas.

El hallarse Constantinopla situada sobre colinas no solo embellece la poblacion sino que es causa de su salubridad y limpieza: purifican su atmosfera las agradables brisas del Bósforo, el Marmara y las llanuras adyacentes de la Tracia, y la inmundicia que pudiera acumularse descendiendo naturalmente por los costados de las colinas hasta el puerto ó la mar donde la arrastra una fuerte corriente. A esta ventaja debe agregarse el gran número de fuentes y manantiales que siempre se llevan alguna parte de la basura y las copiosas lluvias que, al caer, de tal manera limpian las laldas de las colinas que puede asegurarse hay pocas poblaciones tan aseadas como Constantinopla lo es entonces. Verdad es que exceptuando estos casos, es en todos tiempos bastante sucia la parte de la ciudad inmediata al puerto, así como el barrio de Galata que está en frente, pero fuera injusto decir otro tanto de Constantinopla en general.

Algunos viajeros poco fieles han dicho que los únicos barrenderos que hay en Constantinopla son los perros sin dueño que vagan á millares por las calles: pero creemos que ha habido siempre cierto número de turcos empleados en la limpieza de ellas, pudiendo asegurar con certeza que por lo menos en la actualidad está perfectamente regularizado este servicio.

Tomando en consideracion los jardines y espacios abiertos que colectivamente componen una parte no pequeña del area de Constantinopla, ocupa esta todo el triángulo natural que como hemos dicho, forma la sucesion de colinas que desde la parte de tierra descenden gradualmente hasta la mar. Cierran este triángulo fuertes murallas, si bien las que defienden los dos lados de costa se hallan en un estado ruinoso por haberlas descuidado los turcos á consecuencia de lo poco precisas que allí son. Pero en cambio por la parte de tierra donde es mas necesaria la defensa, presenta Constantinopla una triple línea de murallas formidables que pudieran fácilmente repararse, y las cuales en los parages derruidos presentan los trozos mas magníficos y pintorescos de ruinas murales que es posible imaginar. La estension de esta última línea de muralla desde la cabeza del puente hasta el castillo de las siete torres situado sobre el mar de Marmara tiene cosa de una legua. La forma del triángulo es algo irregular siendo el lado que baña el Marmara mucho mayor que los otros dos. En el grabado que antecede de la punta que se ve avanzar dentro del mar es el vértice del ángulo cuyos dos lados bañan las aguas y allí se halla situada el serrallo del sultán: mas acá, entre el serrallo y el punto donde se supone al espectador que es el barrio de Galata, se ve la entrada del puerto: á la izquierda fuera ya del cuadro queda el Bósforo, y en último término el mar de Marmara cuyas aguas bañan el lado de Constantinopla que empezando en los jardines del serrallo termina en el castillo de las siete torres.

Segun los calculos mas exactos, la poblacion contenida dentro de las murallas asciende á unas 500,000 almas: si agregamos á este número, como generalmente se

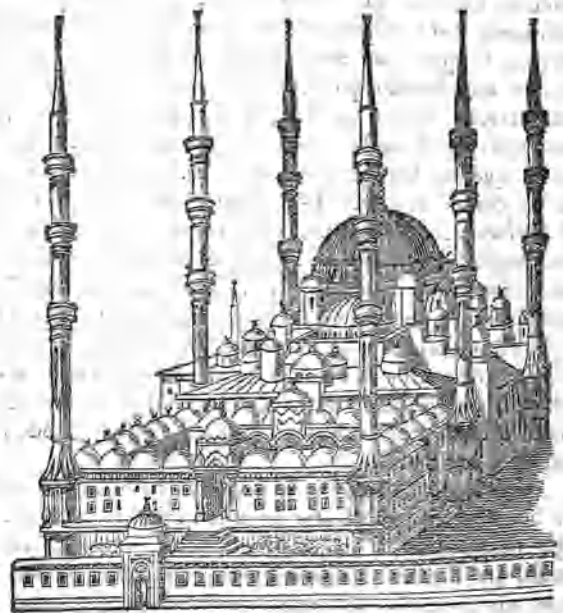
hace, la de los barrios de Pera y Galata, de Scútari que aunque situado en Asia está tan cerca que se considera como otro barrio, y las numerosas aldeas que ocupan ambas orillas del Bósforo por espacio de algunas leguas, puede tal vez graduarse la poblacion total en 700 á 800 mil almas, incluyendo los turcos, griegos, armenios, judíos y francos.

Por cualquiera parte que se acerque el viajero á Constantinopla, bien sea subiendo por los Dardanelos y el mar de Marmara, ó viniendo del mar Negro por el Bósforo, ya atravesando las llanuras de la Tracia, ó vistándola desde las colinas opuestas del continente de Asia, se presenta aquella magnífica capital como la reina de las ciudades. El primer golpe de vista es verdaderamente mágico.

El circuito entero de Constantinopla que se calcula en algo mas de tres leguas y media ofrece pocos restos de monumentos antiguos: la verdad es que los turcos han echado mano de los mármoles y fragmentos griegos para la construccion de sus edificios públicos, así que las antigüedades de Constantinopla se hallan reproducidas bajo formas y combinaciones enteramente distintas; en las mezquitas y sus minaretes y en los cementerios y fuentes de los Osmanlys.

Mas de una obra bellísima del cincel griego ha sido empotrada en una pared ó desfigurada por la piqueta para transformarla en lápida sepulcral, y no pocos edificios construidos con sujecion á las reglas del puro estilo arquitectónico han sido arrasados para servir de cantera: sin embargo es preciso confesar que algunas construcciones turcas y particularmente las mezquitas imperiales que se han elevado en su lugar, se distinguen por su belleza y grandiosidad.

En el número 78 de este periódico hicimos la descripcion de la mas notable de estas mezquitas, la del Sultán Achmet, acompañando una lámina que representa una parte de su interior. Ofrecemos ahora á nuestros lectores la vista exterior del mismo edificio para que puedan formar una idea de la estructura en general y particularmente de la construccion de sus minaretes ó torres.



Los turcos han tomado estas bellas, ligeras y esveltas torres de alguna nacion oriental, pues ciertamente no las copiaron de los griegos. Los minaretes son sin duda alguna la parte mas vistosa y agradable de la arquitecto-

tara turca, y pocas cosas hay de mejor efecto que el ver en una noche de iluminación en Constantinopla las sargas de vasos de colores que pasan de una torre á otra formando festones y otros dibujos. Cerca de la cúspide de los minaretes hay una pequeña galería desde la cual á cinco distintos periodos de las 24 horas avisa el Muezzir á los mahometanos que es llegado el tiempo de la oración.

Después de las mezquitas son las fuentes públicas los principales ornatos de la ciudad: algunas de ellas con sus pilones y frentes de mármol, sus adornos arabescos y cubiertas á la chinesca con objetos realmente bellísimos. Es extraordinario el número de fuentes públicas que hay en Constantinopla; por donde quiera se encuentra una, y sobre todo nunca faltan á la entrada de las mezquitas y demás edificios destinados al culto religioso, porque antes de comenzar el turco sus oraciones ha de preceder la ablución; así es que los mahometanos como los demás pueblos de Oriente consideran el proveer al pueblo de agua como la obra de caridad más meritoria. Muchas de estas fuentes han sido erigidas por individuos particulares que asignaron además una cierta cantidad para su custodia y reparar, y en ellas hay lindos vasos de cobre siempre preparados para el sediento transeunte, y un guarda destinado á tenerlos siempre limpios y llenos. Toda el agua que se consume en Constantinopla, cuya cantidad es muy considerable, procede de unos lagos artificiales situados en el bosque de Belgrado á la distancia de tres ó cuatro leguas de la ciudad. Viene á ella por medio de acueductos subterráneos y pirámides hidráulicas ó arcos de agua colocadas de trecho en trecho é ingeniosamente dispuestas para suplir la desigualdad del terreno intermedio.

Dentro de las murallas de Constantinopla construyeron los emperadores griegos por medio de escavaciones gran número de vastas cavernas ó depósitos que habian de estar siempre llenos de agua para proveer á la capital en caso de sitio, pero los turcos han abandonado imprudentemente ó destruido estos pozos. Uno de ellos, aunque ya no tiene el uso para que fue destinado, es todavía una de las curiosidades que se manifiestan en Constantinopla al viajero. Es un vasto edificio subterráneo cuyo techo sustenta un inmenso número de columnas cada una de las cuales se compone de tres pilares ingeniosamente colocados uno sobre otro. Dáale los turcos el nombre de *recinto de las mil y una columnas*, no porque realmente haya tantas, sino por ser este el número favorito de las naciones orientales. Aunque se halla parcialmente cegado con tierra y escombros, es aún muy profundo. Se ha calculado que puede contener sobre 1,237,930 pies cúbicos de agua cuando lleno; y como el consumo diario es actualmente de 267,670 pies en veinte y cuatro horas; esta cisterna sola podría proveer de aguas á Constantinopla durante cinco ó seis días. Sin embargo está ahora seco y un crecido número de arañas se han establecido en él y tejen sus telas en el fondo, en oscuridad absoluta. Otra cavidad hay que sirve aun de cisterna pero que es casi desconocida si se exceptua un corto número de turcos cuyas casas se hallan situadas sobre ella, y á la cual dan el nombre de palacio subterráneo. El doctor Welch que pudiera reclamar el honor de haberlo descubierto representa en su descripción como un lago subterráneo que se estiende por debajo de varias calles con un techo de bóveda sostenido por 336 magníficas pilastras de mármol.

Los hospitales y colegios generalmente anexos ó inmediatos á las mezquitas no ofrecen cosa notable en su arquitectura; pero algunos de los sepulcros ó capillas donde reposan las cenizas de los sultanes, visires y gran-

des del imperio que se hallan diseminadas por la ciudad, son realmente lindísimas. Al mirar á través de las berjas que las rodea, se ven los ataúdes escasamente elevados sobre la superficie de la tierra y adornados de turbantes y chales que con las lámparas que continuamente arden en torno de ellos ciertos días blandones de riquísima cera producen á la vista un efecto muy singular. En el número 70 de nuestro Semanario dimos también una idea de los cementerios turcos en general, y de las ceremonias que acompañan allí á la última escena de la vida.

Los bazares ó mercados de Constantinopla donde se verifican las transacciones mercantiles de todas clases, son de vasta extensión y esencialmente orientales en su estructura. Son por lo común unos corredores ó galerías extensas que se comunican de un modo irregular y generalmente pintoresco. Sus costados son de piedra y la cubre una sucesión de arcos ó mas bien cúpulas cuyas claraboyas admiten la luz quebrada y en muchos casos insuficiente. De las paredes proyectan por ambos lados las tiendas, ó con mas propiedad, puestos de los vendedores que se clasifican por naciones y género distinto de comercio. Aquí, por ejemplo, hay un bazar turco: allí al doblar un ángulo ó tal vez en dirección paralela un bazar americano ó griego ó judaico. Este está exclusivamente destinado al comercio de lanas; aquel al de habuchas de tafete; este otro al de géneros de algodón: uno hay para sedas; otro para armas, joyería etc, etc: y cada uno de ellos por su extensión, la uniformidad de los artículos de comercio, la cantidad de los que se ofrecen á la venta al mismo tiempo, el número de figuras y grupos que en diferentes trages orientales ya compran ó venden, ya se sientan, permanecen en pie ó vagan por la galería ofrece una perspectiva peculiar é interesante que el viajero podrá no saber describir, pero que ciertamente no olvida jamás.

## LA CAPILLA DEL PERDON.

### I.

Hacia fines del siglo XIV, y no lejos de la ciudad de Brajas, se elevaba una casa de regular apariencia; dos torreones almenados la podian defender en un evento de un golpe de mano; necesaria precaucion en las revueltas de aquellos tiempos. En una gran sala de aquel edificio, alumbrada por sola una ventana, un hombre al parecer de 40 años concluia de pintar un cuadro que representaba los *Desposorios de la Virgen*. La accion de las figuras era tan bella, como estas bien dibujadas, admirable la expresion de las cabezas, á un tiempo candidas y piadosas: por último la composicion y el total conjunto de esta obra se hallaba felizmente hermanado con la sencillez y la armonía mas completa del asunto. Pero lo que al punto se notaba, lo que mas sobresalia, era la singular conclusion de los pelos de las barbas, de los ca-

bellos y de la crin de los caballos. El artista los había pintado, por decirlo así, uno á uno, sin que en nada dañase al efecto de las ropas pintadas más francamente, pero de la manera que más tarde caracterizó la destreza de Alberto Durero. Por lo demás es imposible dar una idea exacta de la viveza de los colores que resplandecían sobre el tablero de madera, que en aquella época preferían al lienzo los artistas flamencos.

Este pintor se llamaba Huberto Van-Eyck.

Al lado de este artista, que lentamente concluía su obra, hallábase otro caballete con un cuadro apenas bosquejado: hacia algunos días, ó quizás algunas semanas, que el pincel no se había aproximado al tablon de castaño, pues el poco color que le cubriera se hallaba cuarteado, por no secarse convenientemente, y descubría de trecho en trecho la parda hebra de la madera. Una paleta sin colores, un cacharro con agua-cola donde había restos de clara de huevo, licor que servía entonces á los pintores en vez de aceite, yacía abandonado sobre un escaño colocado delante del principiado cuadro.

Sin embargo, la proximidad de la noche interrumpió la tarea del artista. Dejó la paleta y los pinceles, no sin exhalar un suspiro, disponiéndose á dejar el estudio.

Mas al pasar delante del caballete abandonado que encontró al salir, su semblante, por lo común melancólico, tomó una expresión decididamente dolorosa.

—“¡Insensato! dijo para sí, ¡renunciar á la fortuna, á la dicha y á la fama, por correr en pos de una quimera! ¡ya ¡ni toca á un pincel! ¡ni entra en el estudio! ¡y aun se pasan días enteros sin verme, ni abrazar á nuestra hermana Margarita! ¡Siempre encerrado en su laboratorio, persiguiendo, según dice, el descubrimiento de un secreto que debe inmortalizar nuestro nombre y valerme un tesoro!... ¡Pobre loco! ¡como si nuestro arte no fuera el medio de lograr todo esto, mejor que la quimera de la piedra filosofal!”

Haciendo estas reflexiones, bajaba el artista los peldaños de una escalera, que le condujera delante de una pieza subterránea, cuya puerta abrió con bastante ruido, sin que un hombre, sentado delante de un hornillo, saliese de su preocupacion ni aun volviese la cabeza.

—“Juan, ¡hermano mio!” dijo el recién llegado, tocando con la mano el hombro del alquimista, “¿no quieres dejar un rato tu laboratorio para venir á consolar á una hermana que te cree enfermo, y á un hermano que te cree loco?”

Levantó Juan la cara, para mirar á su hermano, toda ennegrecida con el humo de las drogas que misturaba sobre un hornillo encendido.

—“¡Silencio! Huberto; déjame aun esta noche, pues es llegado el día de mi descubrimiento; y mañana estrecharás contra tu pecho, entusiasmado y reconocido, al que ahora calificas de loco! Te lo repito, Huberto,” añadió señalando los crisoles, y las preparaciones químicas que cubrían los hornillos; “¿ahí tienes los elementos de la conquista más sublime que jamás han hecho las ciencias para las artes! Déjame pues, y ve á pedir á Dios que el éxito corone mi obra.”

Habia ciertamente en el sonido de la voz de su hermano y en la seguridad de sus palabras una convicción tan íntima y manifiesta, que el escepticismo de Huberto llegó á comoverse.

—“Te dejo aun esta noche,” le dijo, “pero al menos júrame por tu salvacion, y por el alma de nuestro padre, que te confió á mi ternura, legándome sus derechos á tu obediencia, volver mañana á tus pinceles, y renunciar á la persecucion de esa fantasma, que te se escapa hace tanto tiempo.”

Examinó el alquimista sus crisoles atentamente; volvió á leer alguna cosa en los manuscritos hacinados á su derredor, y poniendo la mano sobre un crucifijo de marfil:

—“Lo juro, hermano, por el Dios que murió en la cruz para redimir á los hombres. Lo juro por la memoria de nuestro padre. Ahora bien, déjame solo.”

Huberto, algo más consolado, salió del laboratorio, subió la escalera, y entró en una gran pieza cuyas paredes estaban revestidas de una lustrosa ensambladura de roble, donde una joven de diez y seis años á lo más, rubia, linda y llena de atractivos, disponía sobre una mesa ricamente esculpida un blanquísimo mantel, y todo lo necesario para la cena.

—“No pongas más que dos cubiertos, Margarita.”

—“¿Pues qué! ¿Juan tampoco cena con nosotros?” dijo, somándose una lágrima.

—“Por última noche, hija mia; acaba de jurármelo. Dispon que le bajen ahora algun alimento, al cual probablemente no tocará más que lo ha hecho á los que la llevaron esta mañana.”

Huberto y Margarita se pusieron tristemente á la mesa; concluyeron de cenar, y dando gracias con devoción, se vinieron á sentar delante de una grande chimenea, en cuyo hogar ardía mucha leña. Se hablaron poco, pues sintiendo oprimida el corazon, tenían afligirse mutuamente comunicándose sus temores, y así no se resolvieron á franquear sus ideas. Por último, un reloj de madera colgado en la tapia dió las nueve, á cuyo tiempo entró en la estancia una criada anciana, único doméstico que tenían, con dos candeleros en la mano.

Esta era la señal del rezo nocturno y de recogerse. Los tres devotos hijos de la Flandes se arrodillaron ante una imagen de la Virgen, y despues de varias oraciones que Huberto, como cabeza de la casa, rezó en voz alta, repitiéndolas fervorosamente las dos mujeres, se levantaron y se fueron cada uno á su alcoba.

Huberto tardó largo rato en conciliar el sueño, mas cuando ya empezaba á dormirse, entró repentinamente su hermano Juan, que arrojándose á sus brazos, le apretó locamente en ellos, poniéndose en seguida á brincar como un insensato.

—“Lo he conseguido, Huberto. Bendijo Dios mis investigaciones: el misterio se ha consumado. Para nosotros es la fortuna, y un nombre que jamás perecerá.”

—“¿Qué quieres decir?”

—“Escucha, hermano, hace tiempo que todos los pintores de Italia buscan los medios de abandonar la cola y la clara de huevo para preparar los colores. Búscanlo en vano. Yo poseo ahora este secreto: le he conquistado: mira, ¡repara este cuadro! Dime, ¿has visto en tu vida tanto vigor y energia, con tanta fuerza de tonos? ¿La pintura logró jamás cosa que se parezca á estas brillantes tintas? Hermano mio, quiero decirte mi secreto: pero le guardaremos entre los dos, nadie lo sabrá despues de nosotros, como nadie lo supo antes. Atiende: los colores se mezclan más facilmente con el aceite, que con el agua-cola y la clara del huevo: los colores preparados segun este procedimiento no se rechupan, conservando siempre la misma fuerza: últimamente se secan pronto: despues de algunos meses se cubre la pintura con un barniz, que realza maravillosamente su efecto, secándose al momento, por decirlo así, sin necesidad de recurrir para ello al sol ó al fuego. Despues de muchas investigaciones he hallado la composicion de este barniz: composicion sencilla, de medios casi vulgares, pero sublimes en sus resultados. ¡Y ahora! ¿soy un loco?”

No se saciaba Huberto de mirar y admirar el cua-

drito que Juan le mostraba; pues conoció la revolución total que iba á obrar en las artes el descubrimiento de la pintura al óleo, y la fama eterna que había de recaer sobre el nombre de su hermano y sobre el suyo propio. Tardábala que amaneciese para ponerse á trabajar, y verificar por él mismo la certeza de la adquisición de su hermano: la realidad sobrepujó sus esperanzas, y muy pronto el cuadro de San Juan pintado al óleo por ambos hermanos, vino á llenar de admiración y asombro la corte toda de Felipe el Bueno.

A poco resonó en Flandes, Alemania, Francia é Italia la noticia de este descubrimiento: muchos pintores hicieron el viaje á los Países Bajos, para saber á peso de oro el secreto de los hermanos Van-Eyck; mas constantemente rehusaron cuantas ofertas les hicieron, quedando inútiles las seducciones que emplearon para lograrlo. Excepto Margarita, nadie bajo pretexto alguno era admitido en su estudio, ni aun en la casa. Cuando concluían un cuadro, uno de los dos hermanos iba con disimulo á entregarle al que lo mandó pintar, volviendo en seguida á su vida solitaria, laboriosa y oscura.

## II.

Compartía Margarita sin disgusto esta existencia claustral. Únicamente cuando el cielo estaba despejado, iba acompañada de la anciana criada, á pasear por el campo, alargándose alguna vez hasta la ciudad, á comprar las provisiones y objetos necesarios para la casa de sus hermanos.

Una noche que volvía mas tarde que de costumbre, oyó, no sin sobresalto, los cantares de soldados ebrios, que empezaron á tomar por entretenimiento el temor de las dos mujeres. Cercáronlas diciendo palabras obscenas, y aun pudieran llevar las chanzas mas adelante, sin la llegada de un joven que al punto se declaró el defensor de las infelices asustadas, protegiéndolas ademas hasta la puerta de la casa. Mas apenas entraron en ella, libres de aquellos borrachos, oyeron gritar á su protector: subieron precipitadamente á uno de los torreones... el infeliz yacía sin sentido y ensangrentado en medio del camino, y los soldados sin duda temerosos del asesinato que cometeran, se dieron á huir por aquel campo.

Sin pensar en las órdenes y prohibiciones de sus hermanos, voló Margarita á socorrer al que quizá moría por su causa, y haciendo ayudar por la anciana le metieron en la casa, prestándole cuantos cuidados reclamaba el estado en que se hallaba.

Quando Huberto y Juan supieron lo sucedido, no tuvieron valor para reprehender á su hermana, y ratificaron la hospitalidad que había dado á aquel joven, curaron su herida, que se halló poco profunda y no presentaba el mayor cuidado. Juan el químico se encargó de la curación, y Margarita se sentó á la cabecera de su cama.

Si la calentura secaba los labios del herido, que parecía mas enfermo de lo que prometía la herida; Margarita estaba allí para darle la bebida que calmaba sus dolores; si deseaba mudar de postura su cansada y debilitada cabeza, levántasela Margarita cuidadosamente con sus delicadas manos. Siempre atenta, y fija en él sus ojos, prevenía sus deseos, lamentándose de sus dolencias.

Sin embargo la poca gravedad del mal disminuía de día en día, y el extranjero pudo hablar. Entonces supo Margarita que se llamaba Pietro Ridolfo, que era romano, habiéndole conducido á los Países Bajos asuntos de comercio; por último, que iba á ponerse en camino para Italia, cuando fué herido por los soldados.

—“¿Con que por mi causa” le dijo Margarita muy

agitada, “os halláis detenido quizá por mucho tiempo lejos de vuestra patria? El enfermo tomó la mano de Margarita, y miró á la joven de modo que la conmovió, é hizo bajar los ojos.

—“No volveré mas á Italia,” dijo, despues de un corto silencio; “pasaré mi existencia junto á Margarita; al lado de quien me salvó la vida; cerca de la que se ha constituido mi ángel de la guarda; á la que no puedo dejar de amar y á quien adoro.

—“¡Callad! ¡Callad!” dijo tamblando y desfallecida, “¡Callad!”

—“Si, te quiero,” repitió el extranjero; “te quiero, y leo en tu corazón, Margarita mía, que me correspondes. Dime ¿no consentirás en venir á saludar el hermoso cielo de la noble Italia? Las bellas romanas no se demudarán nunca celosas y admiradas, al ver tus divinos ojos azules, y tu poblada y rubia cabellera.”

Dobláronse las rodillas á la joven, y cayó junto á la cama de Pietro en ademán de orar.

—“¡Toma este anillo, Margarita, y reciba Dios nuestros juramentos!”

A este punto resonaron en la escalera los pasos de Juan Van-Eyck.

—“Oculta tu turbación, Margarita: que no sepa tu hermano nuestro amor...”

—“¡Mi hermano! ¡Pero si es tan bueno! ¡si me ama tanto!”

—“Que no sepa nada aun, ó nuestra dicha se acabó; querida mía.”

La sobrecogida joven se retiró á lo mas oscuro de la estancia, y Juan, ocupado en curar la herida de Pietro, no notó la agitación y turbación de su hermana.

Todos los dias progresaba la convalecencia de Pietro; podía salir de su cuarto, y pasear en el jardín, apoyado en el brazo de Margarita; en vano le suplicaba esta declararase su mútuo cariño á Huberto y á Juan; el italiano alegaba constantemente especiosas razones para diferir esta confianza, y acallar los remordimientos y sobresaltos de su querida.

Lloraba Margarita, mas siempre concluía por ceder, aunque interiormente y con disgusto se avergonzaba de la falta de confianza que manifestaba hácia sus hermanos. Sin embargo el extranjero, bajo el pretexto de familiarizarse con la índole de los dos pintores, y facilitarle los medios de obtener de ellos la mano de Margarita, no cesaba de preguntar á la joven sus costumbres, sus hábitos, sus ocupaciones y sobre todo el modo de preparar los colores. Llegó á lograr de ella, que le introdujese un dia, durante la ausencia de sus hermanos, en el estudio y en el laboratorio. Pensaba Margarita satisfacer solo una mera curiosidad; empero si menos candida y menos crédula hubiera notado las penetrantes y codiciosas miradas de Pietro, pudiera haber conocido la imprudencia de su conducta.

De allí á pocas semanas, entrando Juan Van-Eyck en el cuarto de su huésped, para curarle la casi cerrada herida; júzgnese de su asombro, cuando vió á Margarita sola en aquella estancia, donde pálida y desencajada le confiesa su amor, y la traición del italiano.

Pocas preguntas bastaron para que el artista penetrase todo el misterio: el italiano había fingido amar á Margarita para robar el secreto de sus hermanos: despues se había fugado. La ligera herida había sido hecha á propósito para tener un motivo de introducirse en su casa: los soldados eran sus cómplices; el auxilio que había prestado á Margarita, un enredo del infame.

Corriendo buscó á su hermano.

—“¡A caballo, Huberto, á caballo! gritó: ¡es preciso castigar al traidor!”

Con efecto, poco tardaron en avistar al italiano que solo dos horas llevaba de ventaja. Así que vió á los que tan cobarde y traídoramente habia ultrajado, Pietro metió espuelas á su caballo, pero en vano; pues cayó á poco rato, herido de dos puñaladas.

Entonces Huberto y Juan, dejando allí el cadaver, volvieron las riendas, tomando en seguida el camino de Brujas.

### III.

El Conde de Flandes, Duque de Borgoña, Felipe el Bueno, acostumbraba administrar justicia diariamente á sus vasallos á cosa de medio día; daba sus audiencias en una sala de su palacio, donde ricos ó pobres eran admitidos sin distinción, pudiendo elevar su voz, someter sus quejas al príncipe, y solicitar su fallo. Gustaba Felipe el Bueno rodearse en estas circunstancias de grande séquito. Sentado en su trono ducal, vestido con fausto, queria que su hijo, el conde de Charolais, y los nobles de su corte, estuviesen presentes siendo testigos de sus decisiones. La pesadez de los altercados que se suscitaban, la poca importancia de las reclamaciones que se hacían, la humilde condicion de los querellantes, jamás fue suficiente á cansar su paciencia: dejando hablar al mas difuso, á la menor apariencia de justicia que manifestara; alentaba á los tímidos, consolaba á los afligidos, y tratándose de intereses pecuniarios, casi siempre concluía apaciguando la contienda por medio de sus propios rixales.

El Conde de Flandes, despues de oída la queja de una pobre mujer, cuyo huertecillo habia sido asolado por cazadores de alto linaje, acababa de dirigir una amarga reprehension á los causantes del daño, conminándoles con una fuerte multa aplicada á la aldeana, cuando de repente un extraordinario ruido llamó la atención de la asamblea; despues la jente abrió paso á los dos hermanos Van-Eyck, que ensangrentados y con los puñales en la mano, llegaron precipitadamente delante del Duque.

Este, apenas vió los cuchillos y la sangre, volvió la cabeza estremecido: pues desde el asesinato de Juan sin miedo, su padre, no era dueño de impedir semejante conmocion nerviosa, cuando impensadamente se manifestaba una daga á su vista.

—“¡Por la Santa Virgen de Brujas! gritó. ¿Qué quiere decir esto, mis maestros?”

—“Mi señor, respondió Juan, un infame italiano, despues de haber seducido á nuestra hermana, nos robaba el secreto de nuestro arte: le hemos muerto.

El Duque perdió el color, y levantándose impulsado por la cólera.—“¿Qué es esto? ¿no hay ya justicia en nuestro condado de Flandes, que necesitan nuestros vasallos tomársela por su mano, cometiendo un asesinato? Cuidado, maestros, este asunto puede traernos funestas consecuencias.”

—“Hágase vuestra voluntad, mi señor: ¿En que carcel deseais que nos presentemos, por haber vengado el honor de nuestra hermana, y haber conservado á la Flandes un secreto que aumenta su fama? Si el verdugo está dispuesto, nosotros tambien lo estamos.”

—“Bien sé que sois pintores eminentes, y que valeis mas fama á la Flandes que muchos nobles señores, que solo saben asolar las tierras de los villanos; pero ante mi justicia el ingenio como la nobleza quedan borrados: habeis derramado sangre, que la sangre recarga sobre vuestras cabezas.”

Abrazáronse los dos hermanos, contestando al momento:

—“Estamos prontos.”

—“Veamos, primo Luis; ¿Qué hariais en nuestro lugar?” añadió el Conde con tono que parecia pedir un clemente consejo, pues apenas se le pasó el involuntario momento de cólera y sorpresa, demasiado se le alcanzaban los graves motivos que habian impellido á Juan y á Huberto Van-Eyck á la venganza.

Al que se dirigió, era á un jóven de color lívido, crespa el cabello, de mirar falso, al cual la pregunta del príncipe pareció despertar sobresaltado de alguna meditacion profunda.

—“Tocar á la justicia de su soberano, es tocar á su corona: tocar á su corona, es cometer un crimen de lesa-majestad.”

—“¿De modo que segun vuestro entender,” replicó el conde, poco complacido de esta severa respuesta, “segun vuestro voto, ni el crimen del italiano, ni el talento de los culpados, deben militar en favor suyo?”

—“Si tuviescis una hermana, si vuestro mismo padre, como lo hizo el nuestro, os la recomendará en el lecho de la muerte, mas favorable nos seriais, añadió Huberto. Bien sabeis, Sr., cuan sagradas son las órdenes de un padre.”

Al oír estas palabras, se demudó colérico el jóven príncipe, iba á contestar, mas repentinamente se oyó en el patio del palacio el galope de un caballo, cesó el ruido, y á poco un hombre jadeando, con el vestido desahinado, entró en la sala de audiencia, y dirigiéndose al que iba á decidir de la suerte de los dos hermanos, le entregó un pliego sellado. Así que lo abrió, Luis exclamó en el primer raptó de alegría.

—“¡Vestidos de púrpura! (1) ¡Soy rey de Francia! mas dominándose al momento, tomó un continente afligido, y aun fingiendo enjugar una lágrima, dijo. “Mi Señor, acabamos de recibir la nueva del fallecimiento de nuestra padre, y que la pesada carga de la corona gravita sobre nuestra cabeza. Permittedme señalar nuestro adelantamiento al trono con un acto de clemencia, concediendo entero indulto á los dos célebres pintores, aquí presentes. Marchad en paz, mis maestros, y otra vez no recaigais en tan graves faltas. Sin embargo, fundareis de vuestro propio peculio una capilla á nuestro patron San Luis; colocando en ella una de vuestras mejores pinturas con vuestros retratos de rodillas, en ademan de pedir misericordia.”

—“Ahora pues, mi Señor, que justicia es hecha, y misericordia otorgada, os pedimos licencia para retirarnos entregándonos en la soledad á la afliccion.”

—“Antes de hacerlo, *Sire*,” añadió Felipe el Bueno arrodillándose, “quiero ser el primero en prestar pleito homenaje en vuestras manos, jurando servirlos, aun por las tierras que no relevan de la corona de Francia.”

—“Nos le recibimos, padre mio, y queremos conservaros este nombre tan proporcionado á nuestra afecion hacia vos; puesto que de vuestra mano quiere Luis Océano ser armado caballero el día de su consagracion en Reims.

—“Yo os conduciré al frente de diez mil combatientes,” repuso el Conde.

—“Gracias,” replicó Luis XI arrojando al conde una mirada recelosa: “Tan numerosa comitiva no os es necesaria. Mil lanzas bastan; ¡y aun sobran! A Dios, mi Señor, vamos á llorar y á orar.”

Salió de la sala de audiencia.

—“Lises por el rey de Francia, gritó la muchedumbre, Lises por el conde de Flandes.”

(1) El hijo de los reyes de Francia era encarnado en aquella época.

IV  
 Juan y Huberto Van-Eyck cumplieron religiosamente la fundación que les mandó Luis XI.

Acabada la capilla espitorial, que fueron depositados en ella los mortales despojos de su hermana Margarita. Sus hermanos colocaron sobre la sepultura de una hermana tan querida, y tiernamente llorada, un cuadro representando *los ancianos adorando al Cordero*; asunto sacado de la Apocalipsis. La hoja ó postigo derecho figura al *Paraiso terrenal*; el izquierdo á los dos hermanos arrodillados en actitud de arrepentimiento y de oración. Huberto está á la derecha; tiene en la cabeza un gorro con pieles de singular hechura, recojido por delante. Juan está á la izquierda con una especie de turbante verde, y vestido de negro; tiene además un rosario encarnado en la mano.

La viveza y energía de colorido que presenta este cuadro, ofrece una brillantex, de la cual no pueden dar idea los pintores de nuestra época.

Esta capilla se llama aun en aquel país la Capilla del Perdon.

S. H. B.

## EL HUÉRFANO.

*La misma verdad parece á necer inverosímil.*

Un día del mes de mayo de 1828 se encontró delante de una de las puertas de Nuremberg á un joven de baja estatura y de aspecto melancólico y sin expresión, que permanecía inmóvil. Algunos curiosos se acercaron á él y vieron que lloraba; hicieronle diferentes preguntas, pero nada respondía.

Si una insensibilidad semejante sorprendió á los que se le aproximaron, no les admiró menos la lectura de una carta que tenía el joven en la mano dirigida á un oficial de caballería ligera que se hallaba de guarnición en Nuremberg, por cuyo contestó se venia en conocimiento de que el que la llevaba habia sido bautizado con el nombre de Gaspar Hauser; que desde la edad de cuatro años hasta la de diez y seis que contaba, habia estado encerrado en un calabozo, y que destinándole al servicio en la caballería ligera, se le enviaba con este objeto á que se presentase á un oficial.

Mediante todas estas singulares circunstancias, confirmadas completamente por el estado de estupidez de Gaspar Hauser, se le declaró por decreto de los magistrados hijo adoptivo de la ciudad de Nuremberg. Fuera de la curiosidad general que debia inspirar un individuo tan extraordinario, arracado repentinamente del estado de bruto, y lanzado despues sinninguna guía en la carrera de la vida, era muy acreedor al interes de todas las personas ilustradas, y así se encargó su educación á un profesor respetable por sus luces y carácter, bajo la inmediata vijilancia de las autoridades locales.

Durante su primera residencia entre los hombres fue

víctima Gaspar de un continuado padecer. La luz, el movimiento, el ruido, la diversidad de objetos que deamburaban en vista y causaban curiosidad, produjeron en él un efecto extraño, cuyo resultado era el dolor. La primera sensación agradable que experimentó fue la de la música, y ella fue la que desarrolló progresivamente el caos de ideas que le desazonaba. Desde aquella primera emoción empezó á haber orden en las impresiones que recibía. Dotado de una memoria prodigiosa no tardó en distinguir los objetos, en clasificarlos y aplicar á cada uno el nombre propio que le oia dar. Aunque habia llegado á la vida tarde, por decirlo así, se complació en volverla á empezar, y como en todos los hombres, se notó en él la ligereza pueril, y que se divertía con caballos de madera y otros juguetes; pero duró poco aquella indiferencia, y le sacó pronto de ella su razón próxima á desarrollarse para inclinarse á mas serias ocupaciones. Apoderóse de él la necesidad de aprender, y empezó á estudiar; su talento natural dirigido por sabios consejos hizo tan rápidos progresos, que á los diez y seis meses despues del día en que por la vez primera habia salido de una noche de diez y seis años, hablaba bastante bien el alemán, sin mas dificultad que la del movimiento penoso de sus mandíbulas faltas todavía de ejercicio; escribía correctamente aunque no con soltura, y tenía un estilo regular pero seco y tímido.

El primer uso que hizo Gaspar Hauser de sus nuevas facultades fue el de procurar reunir sus recuerdos acerca de su existencia anterior. Le hacian estos presente un obscuro calabozo de cinco pies de largo y cuatro de ancho, donde habitaba perpetuamente, y un pan y un jarro de agua cada día por alimento; una manta y una camisa por vestida, y por guardia un hombre, á quien jamás habia visto el rostro. Llegó sin embargo un día en que su carcelero le vistió, le sacó de su encierro, y habiéndole puesto de pies en el suelo, probó á hacer que anduviera; pero no bien habia dado algunos pasos cuando cayó en tierra, porque padecía estrambordianamente. No pasaban de aquí los recuerdos de Gaspar Hauser acerca de la tenebrosa época, en la que aun no sabia pensar. Estaba siempre sentado, y si sentia hambre ó sed antes que llegase su pitanza, dormia, haciendo lo mismo despues de haberla satisfecho; de manera que el sueño era su pasatiempo, su recurso, y en fin su única ocupacion.

¡Cuán deliciosas no debieron ser las ilusiones sociales de Gaspar Hauser que, gracias á sus semejantes, habia llegado tan pronto á igualarse con ellos, y á quien lo extraño de su destino hacia mirar un amigo en cada hombre! Substraído sin saber como á la fatalidad de su suerte, habia hallado desde luego un auxilio poderoso en la adopcion de un pueblo entero; y su entendimiento obscurcido se habia desembrollado é iluminado por los tiernos desvelos de una simpática que se los hacia más apreciables. Las mujeres, que por donde quiera son el tipo de non sensibilidad verdadera, le manifestaron el mas vivo interes, unas con cartas tiernas, y casi amorosas, otras con regalos, y Gaspar Hauser conservaba casi una colección completa de sortijas. ¡Felicriadora! ¡Qué ideas no debia formarse del mundo quien no le habia visto iluminado sino para recibir beneficios, y cuando ya se iban consumando no debian serle para lo porvenir... pero se destruyeron para siempre.

El individuo misterioso que por espacio de diez y seis años habia sepultado la existencia de Gaspar Hauser, y que en un momento de remordimientos parecia que habia legado á la Alemania el encargo de reparar un crimen ya consumado, volvió á perseguir á su víctima en medio de su comenzada felicidad. Una mañana se despertó el huér-

fano al dolor de agudos golpes que eran los de un puñal con que le hería un hombre enmascarado, el cual precisado á huir porque á los gritos de Gaspar acudía gente, desapareció pronunciando esta amenaza: *Te dejo ahora; pero no te me escaparás otra vez!* En el metal de la voz reconoció el huésped á su antiguo carcelero. La policía de Nuremberg se puso inmediatamente en su persecucion, pero aunque por un momento se creyó haber dado con su rastro, nada pudo descubrirse. Desde entonces se tomaron precauciones de seguridad en favor del huérfano; mas ¿quién podía restituirle la tranquilidad, ¿quién sus sueños deliciosos tan bárbaramente interrumpidos? Se le puso en un sitio retirado, y bajo una vigilancia celosa, le dieron armas para su defensa personal, y no obstante parece que su desgracia volvia en su daño todas estas precauciones. Gaspar Hauser subido en una silla estaba arreglando cierto día su biblioteca, cuando perdió el equilibrio, y procurando sostenerse y buscar un agarradero en su caída, dió con el de una de sus pistolas que tocada en el fador se disparó á hirió á Gaspar haciéndole caer bañado en sangre. Por fortuna la bala no hizo sino rozar la cabeza; la herida no fue peligrosa, y por esta vez escapó también de la muerte.

La Europa entera se interesaba por este hombre tan joven aun, cuya carrera empezó por una larga persecucion, á quien siguieron despues muchas desgracias, y al que tal vez aguardaba una terrible catástrofe. A esto se añadió el deseo y aun necesidad de descubrir el origen de este huérfano que tan raras calamidades suponien ilustre. Se han apurado toda especie de conjeturas sin resultado alguno; pero insertamos el extracto siguiente de una carta escrita desde Viena en abril de 1830. «Hace ya seis meses que fui yo quien mas verosimilmente conjeturé el origen del huérfano de Nuremberg, y acaba de confirmarse completamente mi conjetura. Hace algunos dias que se ha apresado secretamente á una señora encargada de la educacion de los hijos de una casa de primera distincion de Hungría, y que en otro tiempo concurrió á la sociedad del *gran jeneral francés*. Acusada de saber quizá como parienta el nacimiento misterioso de Gaspar Hauser, y por consiguiente la tentativa de asesinato sobre su persona, se ha finjado loca, y un médico ha descubierto su estratagemá por medio de otra. En cuanto á que se revele el nacimiento de este jóven parece que no se ahorrarán puñaladas para impedirlo, y aun podia serme perjudicial á mí mismo descubrir la verdad sobre este punto, que es propio para poner en movimiento á toda la Europa.»

Desgraciadamente se han verificado los funestos sentimientos del autor de este escrito. No bastó para libertar la vida de este interesante huérfano que el Conde de Stanhope le tomase bajo su proteccion trasladándole á Inglaterra donde custodiado por personas celosas parecia deber estar á cubierto de cualquier atentado criminal por parte de sus ocultos enemigos; transcurrieron, sí, algunos años sin que fuese turbada la tranquilidad que en el ameno retiro de Anspach disfrutára Gaspar Hauser, pero en la mañana del 14 de diciembre de 1833 al salir de los tribunales, un desconocido envuelto en una sucha capa se acercó á él, bajo el pretexto de comunicarle asuntos de importancia. Escusóse Gaspar por falta de tiempo en aquel momento, pero prometió acudir aquella misma tarde á los jardines de palacio. Verificóse la entrevista. El desconocido sacó de debajo de la capa algunos papeles que entregó al huérfano, y mientras esto se disponia á examinarlos le clavó dos veces en el pecho un puñal que llevaba escondido, y

desapareció. Gaspar Hauser aunque herido mortalmente se arrastró hasta su habitacion; pero ya en la agonía de la muerte pudo solo articular estas palabras; «*Jardin del palacio... bolsillo... uz... monumento...*» Fueron despachados inmediatamente algunos agentes de policía al monumento de Uzen situado en los jardines, y á su pie hallaron un bolsillo morado que contenia un papel en el cual se leian las siguientes líneas evidentemente trazadas con mano finjida. «Hauser puede decirnos porque me presento aquí y quien soy; pero para ahorrarle esta molestia os diré yo mismo de donde vengo. Vengo de... de... la frontera de Baviera, sobre el río.—Haré mas, os diré también mi nombre M. L. O.» Segun la descripción que de su asesino hizo Gaspar, fué este el mismo que ya anteriormente habia atentado contra su vida en Nuremberg. El desgraciado Hauser murió en la noche del 17 de diciembre de resultas de sus heridas, y aun no se ha logrado desearter el velo que cubre su misteriosa existencia, aunque el conde de Stanhope ha ofrecido 5000 florines al que descubra al asesino. El 26 de diciembre se celebró el funeral al que acompañaba un numeroso concurso de personas movidas de simpatía y compasion hácia este jóven cuya bondad y dulzura de carácter hacian jeneralmente amado. Su preceptor el Dr. Fuhrmann pronunció una oracion fúnebre sobre su sepulcro en la cual aludió á las últimas palabras de Gaspar, quien al preguntarle si perdonaba á sus enemigos; respondió. «He rogado ya á Dios que perdone á cuantos he conocido: en cuanto á mí personalmente nada tengo que perdonar pues nadie me ha hecho daño alguno.»

#### EXPOSICION PUBLICA DE PINTURAS.

La academia de San Fernando ha abierto en estos dias segun costumbre sus salones para exponer al público los cuadros que los artistas españoles han presentado con este objeto.

El pueblo de Madrid, acreditando su buen gusto, ha llenado esos salones de una numerosa y constante concurrencia, único y bien merecido galardón de los que en nuestro desgraciado pais siguen la estrecha senda de las artes, sin poder llevar otra mira que la de el deseo y noble ambicion de gloria. En un artículo que tenemos escrito, daremos á nuestros lectores breve cuenta de lo que nos ha parecido mas notable en la exposicion, pero queriendo adornarle con algun grabado de los mismos cuadros, cuyas copias no pueden facilmente sacarse mientras estos subsisten colocados en la academia, dilatamos hasta el próximo número el insertar su descripción, en lo cual hemos creído que ganarian mucho los que nos favorecen repasando nuestras columnas.

Se suscribe á este periódico en la librería y almacén de papel propio del editor, Puerta del Sol, acera de la Soledad, núm. 7. Y en las provincias en todas las Administraciones de Correos, á excepcion de Badajoz, que es en la librería de la viuda de Carrillo.